

Salafismo “silencioso” e “instigador” en Argelia

Anouar Boukhars

>> Tras veintitrés años desde que se iniciara la llamada “década negra” de la sangrienta guerra civil argelina, provocada por la cancelación que los militares hicieron de las elecciones que ganó el Frente Islámico de Salvación (FIS) y que se cobró la vida de aproximadamente 200.000 argelinos, la ideología y el activismo salafista están apareciendo nuevamente como núcleo de la disputa social y controversia política¹. Esto supone una demostración dolorosa del fracaso del Estado y de sus instituciones religiosas tradicionales a la hora de controlar las creencias fundamentalistas. Actualmente, el debilitamiento del islam político y de los grupos militantes violentos en Argelia muestra un acusado contraste con el aumento gradual de fuertes voces salafistas hostiles a las tradiciones locales y a la práctica islámica que no se basa en una literalidad textual estricta.

Son diversos los factores que explican el aumento de salafistas en Argelia. Fiel reflejo del panorama que atraviesa la región de Oriente Medio y Norte de África, los argelinos hacen frente al estancamiento económico, la parálisis política y los cambios generacionales. El incremento del salafismo representa una rebelión moral contra la crisis de las instituciones estatales. Con su código moral estricto y sus promesas de afrontar los males de la sociedad, el salafismo no violento proporciona a jóvenes decepcionados una alternativa frente a la creciente irrelevancia de los movimientos islamistas convencionales y de las instituciones religiosas moribundas autorizadas por el Estado. Paradójicamente, el Estado ha jugado un papel significativo en el incremento del salafismo mediante la utili-

CLAVES

- La ideología y el activismo salafista están apareciendo nuevamente como núcleo de la disputa social y controversia política.
- Fortalecer la capacidad de las mezquitas de los vecindarios y de las instituciones religiosas es sólo una herramienta en la lucha contra el extremismo religioso.
- Mientras persistan el estancamiento económico y la parálisis política y las nuevas generaciones no tengan oportunidades, habrá siempre una reserva de jóvenes enfadados y decepcionados seducidos por el radicalismo y la violencia sucesión.



zación del movimiento como contrapeso ideológico al islam político y a grupos revolucionarios (yihadistas, en lenguaje estatal).

La variante política y revolucionaria del salafismo sigue siendo minoritaria. Situado en el extremo conservador del espectro político y teológico, el salafismo argelino está lejos de ser homogéneo. Generalmente, los salafistas hablan el mismo lenguaje religioso, pero se diferencian fuertemente en otras muchas cuestiones que van desde la apostasía al activismo político. Los más notorios son los llamados salafistas “silenciosos” que se abstienen de la política formal y rechazan la violencia, y abogan por la difusión y aplicación de su orientación teológica estrictamente conservadora en la sociedad. Algunos representantes destacados de esta corriente son los predicadores El Ferkous y Abdelmalek Ramadani². Estos salafistas participan activamente en asociaciones de caridad y grupos de la sociedad civil, así como en la economía informal y en las actividades de comercio callejeras.

EL SALAFISMO SILENCIOSO COMO ECLIPSE DEL ISLAMISMO

El salafismo se introdujo en Argelia a principios del siglo XX como movimiento reformista e intelectual transnacional que enfatizaba la compatibilidad del islam y la modernidad. Pero las ideas modernas fracasaron a la hora de tener un impacto demostrable sobre una sociedad que vivía aún asfixiada por el gobierno colonial. Aquellos partidarios del islam como religión que evoluciona poco a poco cedieron paso a ramas más intransigentes del islam, incluyendo a vertientes ultraconservadoras que condenaban la modernidad y el secularismo. Las ideologías religiosas más extremas se resguardaron en el wahabismo, respaldado desde comienzos de la década de los sesenta por Arabia Saudí. Muchos argelinos estudiaron en instituciones religiosas saudíes, en concreto en la Universidad Islámica de Medina. Cuando los soviéticos invadieron Afganistán en 1979, los argelinos estaban entre los primeros voluntarios norteafricanos que lucharon contra el ateísmo comunista³.

Durante los noventa y la primera década del siglo XXI, el salafismo se enfrentó a numerosos desafíos. Después de combatir la creciente respuesta negativa de los argelinos a las ideologías violentas que siguieron a la guerra civil entre el gobierno y varios grupos islamistas, el

salafismo comenzó a utilizar la expansión de la televisión por satélite y de internet para mejorar su imagen, distanciándose de la violencia y recuperando el terreno perdido. Nuevamente, consiguió colocarse dentro de las esferas política y religiosa como una alternativa apolítica y auténtica frente a los mermados partidos políticos islamistas y a las instituciones religiosas autorizadas por el Estado. Para aquellos argelinos que quedaron traumatizados por la guerra civil, el salafismo parecía ofrecer un nuevo camino.

Gracias a su inacción política y neutralidad hacia el régimen argelino, los salafistas podían dirigir sus propias escuelas privadas, construir sus redes de negocios y vestir sus peculiares atuendos con barbas largas y togas blancas. La facilidad con la que se accede a las redes salafistas es especialmente atractiva para aquellos jóvenes del país que se muestran desilusionados con lo que ellos perciben como la decrepitud acumulada de la sociedad argelina. Huir de la angustia que provoca la agresividad de la política y la inutilidad de la violencia atrae a aquellos que persiguen una nueva identidad que les empodere y un fuerte sentido de utilidad. Por su parte, el régimen argelino también se beneficia del ascenso de un movimiento apolítico que puede ayudar a disuadir a la juventud en riesgo tanto de la política como del extremismo violento.

Hasta ahora, la promoción estatal del salafismo (misticismo islámico) como muralla contra las ideologías islamistas radicales no ha funcionado. Una encuesta de opinión pública realizada en 2011 por la Universidad de Argel y la Universidad de Binghamton encontró que si bien una mayoría veía a las organizaciones sufistas más propensas a las enseñanzas pacíficas y tolerantes, desaprobaban algunas de sus prácticas religiosas más allá de la aceptable jurisprudencia islámica. La mayoría de los encuestados también consideró que los esfuerzos del Gobierno para apoyar al sufismo estaban políticamente motivados⁴.

A medida que la importancia de los salafistas va en aumento, la de sus rivales islamistas disminuye. A diferencia de Túnez y Marruecos donde los partidos islamistas convencionales han ido madurando hasta convertirse en importantes fuerzas políticas e intelectuales, los islamistas argelinos se han hundido en un letargo intelectual y en gran medida se mantienen desconectados de su electorado. Su incapacidad para adaptarse a las grandes y recientes transformaciones sociales ha erosionado su posición social y política en la sociedad. Su integración

en el aparato del Estado y sus estructuras de poder rentistas son un freno considerable para que la base islamista se comprometa políticamente. Con su discurso moralizante y actitudes igualitarias, los salafistas están apareciendo de este modo como contrapeso al estancamiento del islam político.

Pero no todo el salafismo argelino carece de orientación política. Como sucede en otros países vecinos, una corriente salafista minoritaria se está politizando. Un ejemplo es la creación de los movimientos del Frente de la Sahwa Islámica en 2013 y del Frente de Argelia por la Reconciliación y la Salvación en 2014, ambos dirigidos por salafistas incendiarios y controvertidos, cuyo objetivo es crear un Estado islámico. Hasta ahora, ninguno de los dos ha conseguido el reconocimiento estatal ni ha logrado vender la idea del compromiso político a la amplia comunidad salafista.

LA AMBIVALENCIA DEL ESTADO

En ausencia de una alternativa creíble, el incremento de salafistas “silenciosos” proporciona diversos beneficios al régimen. Por un lado, están mejor capacitados para desafiar a los yihadistas en su propio lenguaje. Por otro, su visión del mundo preocupa tanto a secularistas como a liberales, profundizando las divisiones ideológicas dentro de la sociedad. Entre tales divisiones, el régimen se desarrolla pues le permite actuar como árbitro último del conflicto social.

Dicho esto, y a pesar de los beneficios que conlleva el incremento del salafismo “silencioso”, el régimen duda sobre cómo abordar políticamente a los salafistas activos. Algunos testigos creen que el régimen argelino seguirá finalmente el modelo marroquí de integración política de los salafistas de línea dura que han repudiado públicamente la violencia y la subversión. Al incorporarse los salafistas radicales en redes partisanas y partidos políticos cercanos a palacio, la monarquía marroquí ha intentado demostrar que hay siempre un camino hacia la rehabilitación. Sin embargo, también ha buscado dividir el voto conservador y detener la racha de éxitos electorales del moderado Partido de la Justicia y el Desarrollo⁵.

Mientras la mayoría de salafistas argelinos rechazan la violencia y se mantienen alejados de la política, las pocas voces salafistas politizadas y activas en Argelia son las que

más ruido hacen. En los últimos años, los predicadores “agitadores” autoproclamados salafistas han crecido en confianza y firmeza. Su ofensiva ideológica para reintroducir la fe y práctica islámica “correcta” es visible en mezquitas, redes sociales y canales de televisión privados. Estos predicadores desafían la autoridad de los imanes locales, denigran las prácticas culturales y religiosas populares como los rituales místicos, y emiten fetuas condenando eventos culturales, espectáculos artísticos, créditos bancarios y otros comportamientos “no islámicos”.

El Estado argelino tiene una relación ambivalente y compleja con los predicadores salafistas de línea dura. El encuentro en junio de 2014 entre el por entonces ministro de Estado y jefe de Personal del presidente Ahmed Ouyahia y el antiguo guerrillero islamista Madani Merzag para las consultas relativas a la revisión de la Constitución y su tratamiento como “figura nacional” ilustra dicha relación⁶. Merzag tiene acceso a varios medios de comunicación y se le permite predicar y organizar reuniones. En octubre de 2015, después de haber criticado al presidente Bouteflika en el canal de televisión privada *El Watan* por denegar el estatus legal a su partido recientemente creado —el Frente de Argelia por la Reconciliación y la Salvación—, las autoridades cerraron el canal con el pretexto de que estaba funcionando “de manera informal e ilegal”, si bien el propio Merzag no fue perseguido.

Otro importante salafista de la línea dura es Abdelafatah Hamadache, quien ha ganado notoriedad por su retórica militante contra los musulmanes argelinos no practicantes. El resurgimiento lento pero firme de la ideología Takfiri, junto con acusaciones graves de apostasía contra musulmanes e intelectuales argelinos “desviados”, especialmente los francófonos, despierta los fantasmas de la guerra civil. En 2013, Hamadache ordenó al Frente de la Sahwa Islámica (no reconocido por el Estado) que organizaran mejor las filas de sus seguidores. En octubre de 2014, se embarcó en una campaña de “purificación” contra bares y espacios de libertinaje y prostitución en las zonas costeras de Argelia⁷. En diciembre de 2014, Hamadache pidió la ejecución del novelista Kamel Daoud por menospreciar el islam. Su “fetua lanzada en Facebook” y sus posteriores llamadas a establecer relaciones diplomáticas con el Estado Islámico (EI) desató el clamor incluso entre aquellos islamistas que forman parte de la línea dura (quienes sospechan que trabaja para los servicios de seguridad del país).

»»»»» La intolerancia salafista también se exhibe en mezquitas y mercados callejeros. Los salafistas presionan a los vendedores y comerciantes de la calle para que dejen de vender alcohol y tabaco⁸. En 2014, un grupo numeroso de imanes salafistas provocó la indignación al rechazar guiar las oraciones fúnebres en memoria de los soldados argelinos que fallecieron en la colisión de un avión de transporte militar en la montaña Djebel Ta Fertas cerca de Oum El Bouaghi.

La ambigüedad del Gobierno a la hora de lidiar con estos salafistas de línea dura está provocando descontento entre los argelinos, que sospechan que el Estado utiliza deliberadamente el salafismo radical como al malo de la política argelina. Por un lado, el Gobierno combate decididamente a los grupos terroristas; y por otro, parece que tolera a salafistas polémicos y sus ideas radicales.

La reaparición de marcas radicales de salafismo en el espacio público argelino ha desencadenado intensos debates públicos sobre la crisis de autoridad que se vive dentro de las instituciones religiosas tradicionales autorizadas por el Estado. Muchos argelinos ya no encuentran en ellas una fuente de inspiración y significado. Los imanes de los vecindarios que en su día jugaron un importante papel a la hora de moldear la visión de mundo de argelinos de a pie están siendo eclipsados cada vez más por los mediáticos predicadores autoproclamados salafistas que compensan sus mediocres credenciales religiosas con una gran habilidad al dar sermones y una maestría de las redes sociales.

Diferentes corrientes de salafistas están trabajando para ocupar el vacío ideológico, social y político creado por instituciones estatales disfuncionales de Argelia. Uno de los principales retos para el Gobierno argelino será neutralizar el crecimiento de las formas más radicales de salafismo.

LA REVISIÓN DE LA POLÍTICA RELIGIOSA

El Gobierno argelino está tratando de cambiar radicalmente la forma de gestionar la esfera religiosa. El régimen ha intentado en varias ocasiones rehabilitar las instituciones religiosas tradicionales, marginar el discurso salafista radical y restablecer el orden ante la proliferación de

fetuas en la red. Desde que asumiera el cargo en mayo de 2014, el ministro de Asuntos Religiosos, Mohamed Aïssa, ha insistido en la urgente necesidad de formar a imanes en las enseñanzas inclusivas y armónicas del islam impregnadas en la tradición argelina e inspirada en la “edad de oro” del gobierno islámico en Andalucía, donde los clérigos musulmanes fueron anclas de tolerancia e innovación. Únicamente reclamando este patrimonio pueden los imanes y mezquitas argelinas actuar como bastión contra las rígidas enseñanzas de los autoproclamados clérigos influenciados por el wahabismo.

En sus esfuerzos por reorientar a los argelinos, Aïssa se ha embarcado en una reforma radical de la educación religiosa del país. Junto con la ministra de Educación, Nouria Benghebrit, Aïssa pretende revisar el currículo religioso que se enseña en la educación primaria, secundaria y bachillerato para adaptarla a las enseñanzas tolerantes e inclusivas del islam. También hay planes para crear un grado universitario para imanes basado en una versión más atenuada de la jurisprudencia islámica y en el uso de métodos modernos de comunicación⁹.

Además, el régimen argelino pretende reforzar el marco institucional con la supervisión de mezquitas y el discurso religioso. En marzo de 2013, el Gobierno autorizó a los imanes de las mezquitas que crearan su propio sindicato para representar mejor sus intereses y defenderse contra lo que ellos llaman formas “no-argelinas” del islam. Según las estimaciones del Gobierno, faltan por lo menos 7.000 imanes para las 22.000 mezquitas que funcionan en el país. Y lo que es peor, las autoridades carecen de información relacionada con la formación y financiación de imanes salafistas cuyos sermones, en palabras del ministro de Asuntos Religiosos, “son irracionales” y se extraen del tráfico anárquico de fetuas publicadas en la red y resoluciones en Twitter¹⁰. En este contexto de “anarquía de fetuas” el Gobierno anunció en 2015 la creación del Consejo Nacional Científico (SNC, en sus siglas en inglés), a cargo de emitir las fetuas “oficiales”. Sus miembros reciben la ayuda de la institución

El Gobierno argelino está tratando de cambiar radicalmente la forma de gestionar la esfera religiosa

egipcia Al-Azhar, autoridad de gran prestigio en la jurisprudencia islámica. El SNC ya ha emitido diversos decretos religiosos, que van desde la permisibilidad de aceptar créditos bancarios para la adquisición de apartamentos subvencionados hasta los límites impuestos sobre los trasplantes de órganos y una prohibición sobre la donación anónima de óvulos y esperma¹¹.

CONCLUSIÓN

El intento del Gobierno argelino por revivir el espíritu tolerante de tradiciones y enseñanzas religiosas puede ser una herramienta importante para ganar la batalla de ideas contra las ideologías exclusivistas. Aun así, el gobierno debería continuar con prudencia la revisión de instituciones religiosas tradicionales. Apoyar una sola tradición religiosa supone el riesgo de desacreditarla como si fuera portavoz del régimen. El objetivo del régimen no debería ser la microgestión de los asuntos religiosos o una denigración indiscriminada del salafismo, sino la promoción de la tolerancia, el pluralismo y la coexistencia pacífica.

El fortalecimiento de la capacidad de las mezquitas de los vecindarios y las instituciones que forman a imanes es un elemento fundamental a la hora de construir una contranarrativa frente a las ideas y prácticas intolerantes de los clérigos autoproclamados como salafistas. Los salafistas conservadores no violentos que favorecen la flexibilidad y el pragmatismo también tienen un papel que jugar en la marginación de grupos salafistas violentos, ya

que pueden disuadir a jóvenes argelinos en riesgo de caer en la militancia y el yihadismo salafista.

Finalmente, sin embargo, el desarrollo de clérigos argelinos competentes y de instituciones religiosas creíbles sigue siendo solo una herramienta en la lucha contra el extremismo religioso. Teólogos serios y creíbles pueden echar abajo las interpretaciones violentas del islam, pero no pueden afrontar el origen de las causas de la militancia, que son principalmente políticas. Mientras persistan el estancamiento económico, la parálisis política y la falta de oportunidades, habrá siempre una reserva de jóvenes enfadados y decepcionados seducidos por el radicalismo y la violencia.

Anouar Boukhars es investigador asociado en FRIDE e investigador no residente del Programa sobre Oriente Medio de Carnegie Endowment for International Peace. Asimismo, es profesor asociado de Relaciones Internacionales en McDaniel College en Westminster, Maryland.

Este Policy Brief forma parte del proyecto “Transiciones y geopolítica en el mundo árabe”, liderado por FRIDE y HIVOS. Agradecemos el generoso apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega. Para más información sobre el proyecto, contactar con: Kristina Kausch, FRIDE (kkausch@fride.org).

e-mail: fride@fride.org
www.fride.org

Notas

1. El salafismo plantea que los musulmanes se han desviado del islam de sus ancestros (Salafr en árabe). Con el fin de rectificar esta decadencia, los musulmanes deben deshacerse del bagaje histórico acumulado y de las innovaciones que han debilitado su fe para así abrazar las auténticas enseñanzas tal y como fueron expresadas por el propio profeta Mahoma y sus honrados compañeros.
2. D. Ghanem-Yazbeck, ‘Why Algeria isn’t exporting Jihadists’, Carnegie Endowment for International Peace, 11 de agosto de 2015.
3. ‘Comment la mouvance salafiste s’est enracinée en Algérie?’, *El-Watan*, 12 de marzo de 2015.
4. H. Khemissia, R.R. Larémontb and T.T. Eddinec, ‘Sufism, Salafism and state policy towards religion in Algeria: a survey of Algerian youth’, *The Journal of North African Studies*, Volumen 17, Número 3, 2012.
5. R. Lefèvre, ‘North Africa’s Maliki Crisis’, *The Journal of North African Studies*, Volumen 20, Número 5, 2015.
6. P. Markey and L. Chikhi, ‘Ex-fighter’s calls for Algeria Islamist party stir ghosts of past’, *Reuters*, 22 de septiembre de 2015.
7. ‘En Algérie, les salafistes veulent “nettoyer” les villes côtières des bars et des lieux de débauche’, *HuffPost Maghreb*, 24 de octubre de 2014.
8. L. Chikhi, ‘Hard-line Islam steps out of shadows in Algeria’, *Reuters*, 10 de agosto de 2010.
9. C. Ouazani, ‘Islam : l’Algérie et la halalmania, ou l’empire de la bigoterie’, *Jeune Afrique*, 8 de octubre de 2014.
10. M. Aïssa, ‘Le danger des imams autoproclamés’, *El Watan*, 24 de junio de 2015.
11. F. Alilat, ‘Algérie : la fatwa, une affaire d’État’, *Jeune Afrique*, 18 de febrero de 2015.n